

Oliverio Flandes

Adrian Silisque

# OLIVERIO FLANDES

ADRIÁN SILISQUE



## Capítulo 1

¿Encontraría la historia que buscaba? No iba a ser fácil. Últimamente se habían escrito tantos libros malos que encontrar una idea que fuese realmente pésima me parecía un trabajo de hormigas.

¡Hormigas, eso es!, recuerdo que pensé y no tardé en convencerme de que aquel minúsculo universo no le interesaría a nadie. Mi obra, mi gran obra, sería mas aburrida que un documental barato y menos científica que los artículos de las revistas paparazi.

Corrí hasta mi madre, mi mayor crítica y, curiosamente, mi mejor aliada en esto de convertirme en escritor penoso, y le mostré los tres párrafos que había escrito.

—Ah, va sobre hormigas —respondió con frialdad.

—Sí, imagínate, podría describir lo que ve una hormiga durante el día, o contar cómo se siente ante la salida del sol, porque ciertamente, no sentirán lo mismo que nosotros. O tomar a la hormiga reina como personaje principal y contar los informes de sus súbditos. ¿Cómo lo ves?

—Oliverio, me encantan tus ideas, lo sabés, pero ésta es demasiado buena. Correrías el riesgo de que se vuelva interesante y quién sabe si no terminás como el escritor Bernard Werber.

—¿Y ese quién es?

—Un francés que escribió una trilogía sobre las hormigas. Y encima recibió varios premios.

Maldito francés.

La depresión me envolvió como un pulpo amoroso. Y mi estado empeoró cuando a cada una de mis proposiciones recibía la misma respuesta: Eso ya ha sido escrito y ha triunfado.

En otra ocasión relataré el cómo me liberé de aquel afectuoso pulpo; por ahora, baste decir que mucho tiempo después, tuve una revelación.

De acuerdo, me dije, todos los temas ya han sido escritos. Y sin embargo siguen saliendo libros y películas. Algo ha de haber que los diferencie de las obras previas.

He aquí la revelación:

“No importa sobre lo que se escribe sino el cómo se lo cuenta”.

Corrí hasta mi cama, que hace las veces de escritorio, y escribí.

## Capítulo 2

Oliverio Flandes cerró el libro y enfureció. Acababa de leer que, a fin de escribir su preciada novela, debería definir la premisa. ¿Cómo resumir toda una historia en una frase? Era imposible, y el "Rosebud" de Ciudadano Kane podía confirmarlo. Enseguida recordó las palabras de los productores de aquella película:

"...una palabra -Rosebud- no puede resumir la vida de un hombre"

«¡Ni una palabra, ni una frase!», se quejaba Oliverio.

Entonces, maldijo a la literatura, a los manuales, a los talleres. ¡Él solo quería escribir! Maldijo también a la importancia que se le atribuía al análisis de técnicas, personajes, tramas, premisas y otras hierbas (tanto las que se fuman como las que se beben).

Y hasta se maldijo a sí mismo por haber adquirido aquel libro que prometía ayudar a escritores a crear un bestseller.

Sumergido en la desesperación, lo que acontecía la mayor parte del tiempo en la vida de Oliverio, reflexionó sobre sí mismo. Si no tenía historia, ni personaje, no le quedaba otra alternativa que escribir sobre él: un brillante escritor ignorado por la obtusa sociedad.

Naturalmente, las preguntas surgieron como un geiser y la mayoría quedó sin responder.

"¿Qué me convierte en un escritor? No he ganado ningún premio ni he publicado alguna obra importante. Bueno, en realidad no he publicado nada. Es que tampoco tengo nada terminado. Tengo ideas, pero no encuentro la manera de cerrarlas. Y para mayor INRI nadie me quiere pagar por mis escritos. Maldita sea. Pero tengo voluntad, qué miércoles"

Oliverio Flandes pertenecía a esa selecta (y en riesgo de extinción) raza de escritores natos. Estaba dispuesto a probar, por encima de todo y de todos, que era un talento incomprendido. Había leído decenas de libros sobre el arte de la escritura y siempre, siempre, llegaba a la misma conclusión: no sirven para nada.

No los juzgaba por mala onda, sino porque Oliverio solo quería escribir. Sentarse a escribir. A veces lo hacía en su computadora, a veces en una Moleskine. Adoraba aquellos cuadernos de nota.

Tras cinco respiraciones profundas, ritual que Oliverio utilizaba como fuente de inspiración, se dispuso a escribir su primera frase; justo cuando

su madre le gritaba desde la cocina que la cena ya estaba lista.

—Oliverio, sabés que para una madre es una gran alegría tener a sus hijos en casa, pero vos te pasás todo el día encerrado en tu pieza... y...

—¿A dónde querés que vaya?

—No sé, con tus amigos.... O que invites a alguna chica.

—Mis amigos, todos, ya tienen familia y sobre las mujeres, mejor ni entrar en ese tema.

—No me habrás salido maricón.

—Señora de Flandes, considero que tiene Usted cierto grado de ignorancia y no solo me ha ofendido a mí con esa pregunta que debería estar prohibida en pleno siglo XXI, sino que también ha faltado el respeto a numerosos hombres y mujeres que eligen cómo ejercer su sexualidad.

—Bueno, no te enojés, che. Solo era una pregunta. ¿No ves que quiero lo mejor para vos?

—Pues lo mejor sería que sirviera Usted ese Malbec y que conversáramos de cosas más mundanas.

La señora de Flandes, que conocía a Oliverio más que a ella misma, sirvió las copas y la conversación sobre "temas mundanos" siguió hasta que la media botella de vino del día anterior se vació.

Cansados, relajados por el efecto del alcohol, se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Oliverio Flandes, a pesar del cansancio, tardó en conciliar el sueño. "Mañana será un gran día para escribir!", se dijo.

## Capítulo 3

El día que Oliverio Flandes encontró trabajo, se hallaba escribiendo una nota muy importante sobre el estilo. En realidad, no la escribía aún, pero ya le parecía masticar inmortales pensamientos.

Odio mi estilo. Ni siquiera debería llamarse estilo. Y encima creo que estoy engordando. Tengo que volver a hacer yoga. No entiendo nada. Intenté escribir como La Bruyère, como Tolstoi, Dickens y hasta Borges. ¿Y qué he conseguido? Un estilo vulgar, llano, liso, muerto. Una noticia en el periódico se podría leer con más interés que mis escritos. ¿Por qué, por qué? ¿Será la influencia de tantos escritores pésimos? Porque aunque uno no quiera, esos escritos están ahí, y los leemos desde pequeños, en las revistas, en la TV, en los periódicos. O será porque, aún reconociéndolos, no encontramos la manera de deshacernos de ellos.

Cuando estuvo a punto de volcar sus ideas en la Moleskine negra, su madre le llamó a comer.

—Te conseguí trabajo.

—Mamá, cuántas veces te he dicho que no te metás en mi vida.

—Y cuántas veces te dije yo que tenés que colaborar con la casa.

—O sea que es por dinero. Sabía que en el fondo eras una vulgar capitalista. Por un momento me engañaste contándome que habías sido activista en la dictadura.

—Dije que era de izquierdas, no que no me importara el dinero.

—Dejálo, si ni siquiera sabés lo que significa ser de izquierdas.

—Te vas a quedar sin comida.

—Y ahora la represión del estado. ¿Segura de que no estabas a favor de la dictadura?

La señora de Flandes prefirió callar y terminó de echar la salsa de tomate sobre los canelones.

—¿Me vas a decir cuál es el trabajo?

Tras poner los platos sobre la mesa, la señora de Flandes contestó:



—Vas a trabajar para la tía Marta.

—¿Esa ricachona?

—Quiere escribir su biografía.

—¿iQuiere escribir su vida!? Pero si la tía Marta es la mujer más aburrida del planeta.

—Te va a pagar en dólares. Dos mil dólares al mes.

Oliverio calló. Jamás había recibido tal suma de dinero por uno de sus escritos. A decir verdad, jamás recibió nada. Imaginó que ya empezaba a esbozar la sinopsis:

“La aburrida tía Marta nació en el pobre seno de una numerosa familia. Al crecer, la generosa vida le otorgó lo que más atrae a los superficiales hombres: unos exuberantes pechos, redonda y firme cola y una cómoda inteligencia. De este modo, fue fácil para tío Roberto dejarla embarazada apenas terminado el colegio. Se casaron y fruto de aquella unión resultaron Robertito, Miguel y Alejandra. ”

Esto es un asco, se quejó Oliverio. Otra vez los epítetos y la aburrida historia de la aburrida tía Marta.

—Más tarde va a llamar Martita —le interrumpió su madre— ¿qué le digo?

—Y lo que ya tenés pensado. ¿Crees que no te conozco?

—¿A qué te referís?

—Que ya has decidido que sí.

—No, por eso te estoy preguntando, ¡qué carácter, che!

—¡Bueno, decíle que sí!

Y tras esta breve discusión, Oliverio Flandes había encontrado su primer trabajo como escritor.